

En seguida comenzó la conspiración, como sucede en todos los pueblos corrompidos por los venenosos miasmas de la guerra civil y de la perdurable anarquía siempre que se desconoce ó hiere con justicia ó sin justicia cualquier interés importante. Darnley confió á su primo Douglas las heridas que sentía en sus ambiciones y en su honor, Douglas comunicó á Ruthven las quejas del monarca consorte y sus aspiraciones á obtener un cruento desquite. Ruthven se dirigió á Randolf, quien ya pudo comunicarse con Leicester, y comenzar la organización del poderoso partido inglés y presbiteriano, devolviéndole su antiguo influjo en toda Escocia. De aquí la red fué urdiéndose hasta recoger á los Lores desterrados y captar al mismo Murray, el gran ministro hermano de la Reina, que por tanto tiempo dirigiera el gobierno y que tan poco se conformara luego con su destierro y con su desgracia. Uno de los fenómenos mas frecuentes y mas significativos de los pueblos perturbados, es la facilidad con que se forman todas estas coaliciones inverosímiles entre partidos irreconciliables. Los que mas se habían odiado en otro tiempo concertábanse ahora en estos cambios bruscos de la temperatura política y á estos vientos caprichosos de las grandes pasiones, Murray, levantado en armas contra María por odio á Darnley, asociábase ahora con Darnley por odio á María. En conjuración tan vasta entraron desde los proscritos en Inglaterra hasta los cancilleres de la corona. Y urgía un pronto golpe, porque la Reina estaba en animos de aplicar la confiscación así á su hermano Murray como á todos los partidarios de este y tenía convocado á tal fin y objeto un dócil Parlamento. Pocas veces la conjuración se ha tramado con tanto sigilo en el mundo. Citas, entrevistas, convenios orales, pactos escritos, viajes patentes, maniobras ruidosas, combinaciones múltiples en aquella larga y extensa trama se sucedieron sin que lo advirtiese la infeliz Reina, y mucho menos su confiado y fervoroso favorito. Y sin embargo tramaban la muerte de Riccio, la servidumbre de María, el fin de las conjuraciones católicas, la corona matrimonial para Darnley, la restauración del antiguo poder de Murray, el reintegro en sus privilegios y en sus bienes de los Lores proscritos, el restablecimiento de todas las supremacías que hasta entonces gozara el dogma calvinista, la designación de un gobierno que pusiese á raya los caprichos de la reina por medio de complicada liga, en cuyas legiones

entraban ministros de la corona, señores del territorio, guerreros conocidos por su fidelidad inquebrantable á la monarquía, sacerdotes de la nueva fe, presbiterianos estoicos, profetas supersticiosos, todos resueltos y decididos á morir mil veces antes que ser juguete de los caprichos de una mujer desvariada y de los mandatos de un aventurero italiano, mas propio para los espectáculos de un teatro que para los oficios de un Estado. Y el italiano y la Reina, contra quienes todas aquellas maniobras iban dirigidas alevemente, dormíanse á una en la mas ciega confianza.

Cierto día Riccio se dirigió á uno de aquellos magos, tan conocidos en el siglo décimosexto por sus pronósticos, los cuales en la vida privada tenían todo el influjo que los dichos de los oráculos paganos en la vida pública de los antiguos griegos y latinos. Esta clase de pronósticos se formulaban generalmente por los pronosticadores en palabras de oscuro sentido y susceptibles por tanto de varias interpretaciones. El valido quería saber su horóscopo; y lo preguntaba con instancias al profeta de profesión. Este, despues de indagar los años de su vida, el día de su nacimiento, el signo zodiacal bajo cuyos auspicios naciera, el planeta indicador de su personal suerte, las varias rayas de su mano, y otras cabalísticas informaciones análogas, díjole que desconfiara mucho de un bastardo, el cual podría con aviesos intentos interponerse taimado en su camino y causarle daños irreparables. Riccio no se acordó en aquel momento de Douglas, bastardo tambien como tantos señores poderosos de tales tiempos y principal urdidor de la espesa red en cuyas mallas iban á cogerlo, como á inocente pajarillo; y creyó dirigida la terrible alusión á Murray, contra el cual tomara todo género de precauciones, desterrándolo á Inglaterra, y al cual infligiria de nuevo castigos tan grandes como la confiscación de sus bienes preparada ya para el próximo Parlamento. Alzóse, pues, de hombros al oír la oracular sentencia, y se contentó con que María escribiera una especie de respuesta imprudente á las quejas de los señores airados contra el valido, comparando las virtudes y méritos de este con la soberbia y rebeliones de aquellos en una comparación temeraria. Y no se les ocurrieron mayores preservativos contra la calamidad horrible que se les venía encima.

Pues, á mas andar, llegaba esta sobre ambos. El Parlamento acababa de

abrirse con toda solemnidad el 7 de marzo; y la Reina personalmente acababa de proponer las medidas extremas contra sus enemigos, y de anunciar una nueva política en lo tocante á materias sociales y en lo tocante á materias religiosas. El acta contra los Lores proscritos debía votarse con seguridad el 12 de marzo, y para el 9 se habia señalado el golpe definitivo y supremo por los despiertos y avisados confabuladores de la horrible trama, convenidos todos en tomarse la justicia por su mano, y en apellidar sentencia jurídica y solemne al decidido asesinato de Riccio. Pero cuanto mas el terrible daño se acercaba, mas crecia el descuido incomprensible de las víctimas, ambas indiferentes en el minuto supremo en que las aparejaban ya, no con mucha cautela y disimulo, para el horrible sacrificio. En efecto, innumerables hechos acaecidos por entonces hubieran podido servir, en ánimos cautos y vigilantes, de verdaderos presagios. El embajador de Inglaterra procuraba recursos metálicos, así al bastardo Murray como á sus cómplices, y la Reina lo habia lanzado resueltamente de su Escocia con valor rayano en temeridad, y sin curarse de sus inmunidades diplomáticas. El agitador, conocido por sus exaltaciones y por sus vehemencias, Randolf, se retiraba sigilosamente de la corte, como quien retrocede para tomar aliento al emprender una carrera ó al dar un salto. Los predicadores mismos, en sus no recatados discursos, revelaban con claridad las tramas urdidas por la conjuración. Los nombres mas resonantes de la Biblia, las figuras de Reinas idólatras mas maldecidas por los profetas hebreos, los tiranos de Nínive y Babilonia con sus cenas orgiásticas y sus palacios incendiados por el fuego celeste, surgian á cada paso en períodos tonantes de sermones apocalípticos y señalaban las sentencias fulguradas contra la pobre María y su desgraciado favorito. Pero aquella y este, libres de la tutela pública del conde Murray, así como de la tutela privada del monarca Darnley, dábanse á todos sus gustos, y vivian embebidos en una fiesta incesante, donde corria el vino á torrentes, y los ánimos exaltados por el placer se disipaban á una en báquicos cantares y en voluptuosos conciertos.

Era sábado por la noche, y día 9 de marzo del año 1567. La Reina tenia cena con gente íntima, y comenzaba la fiesta. Diciendo que cenaba con gente íntima, excusamos decir que no asistia el detestado marido. Este cenó tem-

prano, á las ocho, y fingió retirarse y recogerse pronto, so pretexto de dolerle mucho la cabeza. Habitaba Darnley con sus domésticos el entresuelo de palacio; y María el principal. Pues bien, mientras los comensales de esta se reunian arriba, reuníanse abajo los conjurados con aquel. Y cuenta que no eran pocos en número los últimos, pues á mas de doscientos ascendian, y llevaban todos muchas y muy pesadas y muy resonantes armaduras y armas. Pero, como en todas las tragedias, cuanto mas el daño de la traicion se acercaba, mas crecia el desapercibimiento de los traicionados. En estrecho gabinete, para que la intimidad fuese mayor, cenaban la reina María, el favorito Riccio, el comendador Holyrrood, el patricio Erskine, y otros varios magnates. De señoras, solo se hallaba presente Lady Argile, ó sea Juana Estuardo, hija natural de Jacobo V, y por ende, bastarda hermana de María. Pocas veces reinó tanto júbilo como en aquella noche horrible, allí donde con tanta frecuencia festejos análogos se sucedian por la propension á semejantes placeres de la sensual soberana. Humeaban las sabrosas viandas en los argenteos platos; olia el vino, en venecianas copas escanciado desde áureos cincelados jarrones; bajaba del techo mustia luz, contenida en lámparas de corte clásico, cual convenia, en los retiros de la severa Escocia y en las alturas del combatido trono, á quien fuera un día, por las orillas del Sena y del Loria, encantadora diosa, consagrando las primicias de su hermosura y de su ingenio al culto religioso del artístico Renacimiento. Un hecho sencillo demostraba el fundamento de ciertas sospechas y rumores. Todos los caballeros asistentes se hallaban descubiertos; y Riccio tan solo cubierto. Reunion de regocijo y esparcimiento para los allí congregados, hablábase de todo con variedad y ligereza, de arte, de literatura, de ciencia, de amor, menos de política, en el instante mismo en que la política tramaba una de sus mayores tragedias. Serian las nueve, cuando el festin se hallaba en sus comienzos, y por un corredor estrecho y oscuro, donde habia una recatada escalera interior de comunicacion íntima y secreta, subian los conjurados, mientras bromeaban á una y reian los comensales.

Darnley entró el primero, y solo. Despues de haber dejado á sus compañeros en los salones interiores, convenientemente distribuidos, colocóse tras el sitial de la Reina su mujer. Al verlo esta, le tendió los labios, y en pre-

sencia de todos le dió un ruidoso beso. Todavía no estaba en los aires apagado este plácido eco de amor, cuando se dibujó siniestra y torva la figura del odio. En efecto, detrás de Darnley, el cual venia vestido con los brocados y terciopelos propios de un rey, apareció Ruthven, quien debia representar el papel de verdugo en aquel supremo instante. Enfermo de gravedad, y sostenido solo por el odio de pié; con su tez pálida, con su barba descompuesta, con sus facciones alteradas por el dolor, con sus miradas lúgubres, parecia un resucitado recién despierto del sueño de la muerte, ido á festin semejante con su armadura feudal, desde las profundidades horribles de cualquier pudridero y desde las losas frias de cualquier sepulcro. La Reina, que no reparara mucho en la presencia de su esposo, alarmóse en cuanto vió aquel aparecido, especie de siniestro esqueleto ambulante, cuyos huecos ojos destellaban los fuegos fosforescentes propios de un cementerio á la hora de las ánimas. La extrañeza en tales términos la sobrecogió, que no tuvo María ni ánimo siquiera para dirigir una interrogacion de curiosidad al espectro. Riccio, mas asustado, como por su instinto de conservacion advertido, inclinábase hácia la Reina, queriendo escapar á las miradas que le dirigia Ruthven tras la sombra de su augusta protectora. Y mientras María miraba con los ojos fuera de las órbitas al importuno y no esperado caballero, entró en el estrecho gabinete irrupcion mayor de gentes nobles, armadas con puñales desnudos y pistolas próximas á romper el fuego y apuntadas al pecho de los comensales. Ya no podia caber duda; la conjuracion asestaba su tremendo golpe á la régia cabeza. Herida María moralmente por tan grave desacato, aun pudo, en su natural azoramiento, conservar la inalterable majestad, propia de su soberanía, é inquirir con soberbias é imperiosas preguntas la causa ocasional de tan extraña visita. Para contestarle aquellos cárdenos labios de Ruthven y aquellos siniestros ojos tomaron animacion singular, formando extraordinario contraste los calores de su pasion con la frialdad y la palidez de su cuerpo. Y por lo mismo, su voz parecia salir de una caverna diabólica, no de un pecho humano, cuando dijo que venia en busca del italiano, quien estaba mucho mas tiempo en aquella estancia del que debiera permitirle tanto su dignidad de reina como su honra de mujer. Entonces María Estuardo, á pesar de su valor y de su serenidad increíbles, azorada por aquellas reconven-

ciones dichas con sobrenaturales acentos, cual si hubieran alcanzado los muertos permiso de hablar en el mundo, preguntó á Ruthven qué ofensa le infiriera su privado. Al oír tal interrogacion, este, fuera de sí por el terror que le habia súbitamente asaltado; trémulo, desde los piés á la cabeza, con el frio temblor de un horroroso espanto; despues de haber convertido sus ojos á todas partes para buscar un sitio donde huir, si preciso fuese, de sí mismo, se ocultó aun mas tras la persona de su ama. Y el espectro contestó que Riccio agraviaba con su presencia en palacio al honor del Rey, á la libertad del pueblo, á las cosas mas sacrosantas. La Reina, metida ya en una especie de acalorada disputa con su vasallo, le recordó arrogante la humildad con que debian presentarse tales quejas, y la existencia de tribunales y Cámaras con atribuciones para declarar la justicia. Y como Ruthven hiciera entonces un ademán que delataba su propósito firme de tomarse por mano propia esa justicia, María tendió hácia él sus dos brazos, recordándole que contraía con aquel agravio inferido á la soberana, y aquella desobediencia irreverente á los régios mandatos, las responsabilidades anejas á un crimen de alta traicion y á un reo de lesa majestad.

Buen caso hizo Ruthven de los imperiosos ademanes de aquella Reina infeliz, destronada ya, si no del trono material erigido por los siglos pasados y por los derechos hereditarios, del trono moral asentado sobre la veneracion de sus vasallos. Por no temer nada, el verdugo no temia siquiera, moribundo como estaba, la muerte, cuyo helor próximo se difundia ya por sus venas agotadas y exhaustas. Así, extendió el brazo con la furia que un tigre la zarpa y que un milano las uñas, sobre el cuerpo de Riccio. Este, dando un grito, de esos que solo en situaciones supremas pueden darse, grito estridente como si todos los puñales forjados en el mundo se clavaran á una en los pobres átomos de su cuerpo, lanzóse á los piés de la Reina. Entonces el implacable verdugo se precipitó sobre él, sin mirar, en la ceguera del odio, los obstáculos puestos á su paso. Y al salto de aquella fiera, María cayó de espaldas sobre el pavimento; sobre María cayó la mesa con todos sus enseres. Preñada la Reina de seis meses, el golpe inconsiderado sobre su cuerpo maltrecho podia tener fatales consecuencias á la suerte del trono; y los circunstancias dejaron, por un minuto, de perseguir al valido, para socorrer á la